El S. XX pertenece a Rómulo Betancourt

>> Gloria M. Bastidas

Eduardo Mayobre representa una mezcla académica curiosa: se graduó de licenciado en Filosofía en la Universidad de Chile y estudió Economía en la Universidad de Cambridge. Así que los títulos que ha publicado pueden incluir desde uno como *Determinación y Reconocimiento en la Fenomenología del Espíritu de Hegel* hasta otro como *El Caribe* y *Venezuela: Integración de la integración*. Ex director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, ex viceministro de Hacienda, ex presidente del Instituto de Comercio Exterior, ex jefe de la Oficina Central de Presupuesto, Mayobre es, por sobre todas las cosas, un animal político y un lector voraz de temas históricos. El año pasado, *El Nacional*, periódico en el cual escribe una columna semanal, publicó una biografía de su autoría sobre Juan Pablo Pérez Alfonzo, el padre de la OPEP. Otro de los personajes que mueve su curiosidad es Rómulo Betancourt, cuyo legado ha estudiado en profundidad. Ahora, cuando se cumplen cincuenta años desde que el Fondo de Cultura Económica publicara por primera vez el libro *Venezuela, política y petróleo*, escrito por el fundador de AD, vale la pena conversar con Mayobre sobre la proyección de esta obra y de su autor.

—En la edición que publica Monte Avila Editores de *Venezuela, política y petróleo* (1986) se subraya que Rómulo Betancourt tenía un grado de conocimientos económicos que no resulta habitual en la dirigencia política. ¿Por qué el fundador de AD se interesó tanto en estos asuntos y por qué llegó a manejarlos con gran propiedad?

—Una de las características importantes de Betancourt, rasgo que lo hace destacarse en su generación y diría que en todo el siglo XX, es que se trata de un político doctrinario. Betancourt, quien exhibió grandes inquietudes intelectuales y fue autodidacta, tuvo, inicialmente, una formación marxista. Eso hizo que para él la economía y las relaciones internacionales fuesen tan relevantes. Por ese mismo enfoque, él se da cuenta de que el petróleo es fundamental para el desarrollo político, económico y social del país. Él trata de hacer un análisis fundado en la realidad. Y eso es lo que lo separa del Partido Comunista, que se regía en esa época por lo que dictaba la Internacional, cuyo análisis era más bien de tipo general y, por supuesto, muy relacionado con los intereses de la Unión Soviética. Betancourt creía que había que partir de la realidad venezolana, pero no bajo una perspectiva parroquial, sino bajo una perspectiva mundial. Un enfoque capital en vista de que, después de la Primera Guerra Mundial, el petróleo había pasado a ser fundamental en el mundo y se constituyó en un elemento de vital interés para las grandes potencias. Betancourt se percata de esto y de las posibilidades de desarrollo que se presentaban para el país. Y ése es el tema que guía sus estudios, que son muchos, y que se reflejan en el libro, que es un análisis fundado de una acción política, cosa muy rara en Venezuela: que alguien que ha sido protagonista exponga los fundamentos teóricos que lo llevaron a actuar.

—El libro se convierte en una especie de gran proyecto de nación, porque Betancourt desarrolla allí los ejes de su política, sobre todo durante el trienio adeco: sufragio libre, guerra al peculado y una política petrolera nacionalista.

—Hay que recordar que Betancourt nace a la política durante la dictadura del general Gómez, que duró 27 años. De hecho, Gómez llega al poder en 1908 y Betancourt nace ese mismo año. De modo que el deseo de construir una democracia y de superar un régimen tan atrasado como el de Gómez constituye una de las bases de su pensamiento y quizá también eso sea un poco lo que lo separa del Partido Comunista de la época, que era bastante dogmático: estamos hablando de los tiempos de Stalin. Pero esa línea política la liga con las condiciones económicas que vivía el país. Y el estudio del petróleo pasa a ser una de sus constantes. Él dice en *Venezuela, política y petróleo* que si en algo no tuvieron que improvisar, porque tenían muy claro cuál era el diagnóstico y cuál la política a establecer, fue en el tema petrolero. Y, efectivamente, ellos llegan en octubre al gobierno y en diciembre dictan el decreto con el que se inicia el cincuenta-cincuenta, que es uno de los puntales de la política petrolera. Enseguida, dicen que no van a otorgar nuevas concesiones, que es otra de las bases de esa política petrolera, y esa política continúa cuando Betancourt vuelve a la presidencia en el año 59. Y es muy interesante porque se continúa sobre condiciones distintas.

—¿Por qué?

—Los precios venían bajando, se habían descubierto yacimientos en nuevas áreas, sobre todo en el norte de África; Rusia pasaba a ser un exportador de los más importantes y, sin embargo, la política petrolera fue la misma. No se dieron concesiones, se mantuvo un alto nivel impositivo y se creó la Corporación Venezolana de Petróleo (CVP), todos elementos que llevaban a la larga, como en efecto ocurrió, hacia la nacionalización. O sea que allí hay una gran continuidad. La otra línea que hoy día a uno le llama la atención es el problema agrícola. La reforma agraria fue una obsesión en él desde el principio. Y de hecho constituyó una de las grandes políticas durante su segunda Presidencia. En la primera, se estaba preparando una reforma agraria, se llegó a decretar durante el gobierno de Gallegos, pero no se pudo implementar por falta de tiempo. Pero en la segunda Presidencia, la reforma agraria supuso la repartición de más de millón y medio de hectáreas. Y eso es políticamente muy importante. La otra gran línea es la industrialización de Venezuela, que empieza de manera más o menos tímida en el 45. Todo eso está dentro de las

Nada de feudos

—¿Fue Betancourt un caudillo?

—La respuesta está dada en unas confesiones que Betancourt le hace a Alicia Segal en 1978, tres años antes de su muerte, recogidas por Alfredo Tarre Murzi (o Sanín, como era su nombre de pluma) en el libro titulado *Rómulo Betancourt*. Ante esa misma pregunta, él dice lo siguiente: "Yo no soy un caudillo; el caudillo corresponde a otra etapa, cuando todo el país era un feudo. Dentro de una sociedad moderna, con clases sociales, alguien que quiera mandar solo, sin estructura política, sin organización, sin programa ni ideología es inactual y, claro, antihistórico. Yo soy más bien un líder porque me ha tocado actuar en una sociedad que, como la venezolana, está saliendo de su etapa pastoril, preindustrial, y está en una etapa de transición hacia su modernidad". O sea que la respuesta es de Betancourt, no mía.

■ Eduardo Mayobre, economista, filósofo y estudioso de la historia de Venezuela, señala que el fundador de AD dio un ejemplo de lo que es la alternabilidad democrática al no postularse para las elecciones presidenciales de 1973

■ Betancourt fue un político doctrinario, lo que le permitió escribir una obra como *Venezuela, política y petróleo*. "Perteneció a una generación que se hizo a sí misma y que, en vista de que creció bajo la dictadura de Gómez, aprendió a valorar lo que es la democracia"

■ Mayobre cree que, aunque hasta los propios adversarios de Betancourt se han percatado de la proyección de su obra, todavía el líder adeco no goza del relieve internacional que merece

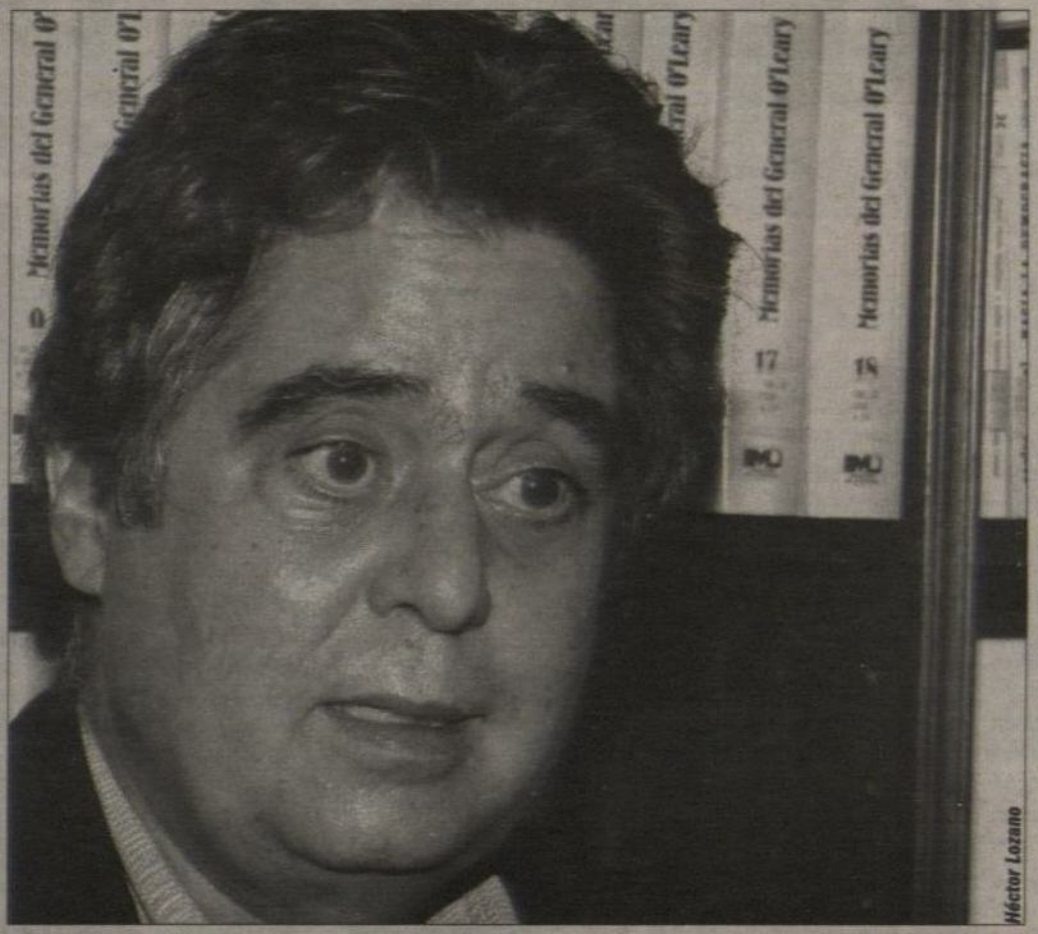
grandes líneas de un pensamiento coherente, que incluye, además, la política exterior.

—Betancourt perteneció a una generación muy nutrida. De ella también formaron parte Luis Beltrán Prieto, Gonzalo Barrios, Juan Pablo Pérez Alfonzo, hombres que resultaron visionarios.

—Quizás la diferencia es que ésta fue una generación que se hizo a sí misma, que se quemó las pestañas, que tuvo que luchar, que padeció exilio, que padeció cárcel y entonces se preparó para llevar al país adelante. Y no sólo ellos, en la generación del 28 hay también miembros de otras tendencias políticas. Después, las próximas generaciones, ya a partir del 45, empezaron un poco desde arriba, empezaron desde el gobierno y no tuvieron esa disciplina de tener que hacer todo desde cero. Por ejemplo, AD la hizo Betancourt yendo de pueblito en pueblito. Ya los otros empezaron siendo viceministros, por decir algo. Y a pesar de que tuvieron mayor acceso a la educación formal quizás les faltó un poco esa mística de quien está luchando a fondo y la convicción de quien ha vivido bajo verdaderas dictaduras y no quiere ver el despotismo instaurado en su país. En Venezuela hay cierto relajamiento con respecto a la necesidad de defender la democracia porque tenemos demasiado tiempo que no vivimos en una dictadura. El actual gobierno es, en efecto, autoritario pero no es, por ahora, una dictadura. Dictadura fue la de Pinochet. Entonces, quien ha vivido una dictadura de ese tipo no olvida jamás que hay que cuidarse de no volver a ella. Y eso le pasó a esta generación.

—Es interesante observar cómo el fundador de AD, después de pasarse largos años en busca del poder y tras haber trabajado enormemente en la construcción de un proyecto de país, abandona el timonel.

—Yo creo que lo hizo de una manera conciente. Él habla de eso. Para que no creyeran que estaba manejando los hilos



Héctor Lozano

detrás del poder se va a Berna, bien lejos. Eso no quería decir que no ejerciera algo de poder desde allá, pero no estaba en el día a día. Y respetó mucho la autonomía y el estilo del presidente Leoni. Yo pienso que él sentía que había cumplido su papel. Claro, con un optimismo histórico porque creía que no iba a haber retrocesos posteriores. Y cuando vio algunos retrocesos, ya hacia el final de su vida, parece que eso lo afectó; sobre todo lo que ocurría en el manejo de los dineros públicos. Ese sentido de haber cumplido su misión histórica le facilitó alejarse del manejo diario del poder. Él se vanagloriaba de que su gran obra no era lo que había hecho en la Presidencia sino haber creado el partido. Mientras creyó que el partido podía seguir llevando a cabo lo que para él era la revolución nacionalista, entonces sentía que era bueno que la organización caminara por sus propios pies. Él se va a Berna a satisfacer una serie de inquietudes intelectuales que, por el azaroso carácter de su vida, no había podido satisfacer. Betancourt viaja a Europa por primera vez después que deja la Presidencia constitucional. Si yo tuviera que definir lo que fue el legado de Betancourt en pocas palabras, diría que fue un demócrata nacionalista y un pedagogo político. Un aporte suyo muy importante es no haber aspirado nuevamente a la Presidencia en los años setenta y dar el ejemplo de lo que es la alternabilidad democrática.

—En el prólogo de *Venezuela, política y petróleo*, Hugh Thomas comenta que le llama la atención que, a pesar de que Betancourt había sido una figura política tan importante, no hubiera alcanzado el relieve internacional que se merecía. Thomas escribe ese texto en 1977. ¿Esta apreciación sigue vigente o el papel que Betancourt jugó en la historia política de América Latina ha sido reivindicado?

—Todavía no tiene el relieve que merece. Creo que, en parte, es por esa posición un poco en el centro del espectro político que él tuvo: fue objeto de ataques tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda. En la primera mitad de los años 50, cuando predominaban las dictaduras en América Latina, él todavía tenía cierta imagen de comunista. Y cuando llega Fidel Castro, se impone la moda de la revolución *in extremis* y se minimiza la figura de Betancourt, porque el objetivo era llegar a la revolución castrista. Esa democracia no radical que él representa se veía como una cosa tibia, no suficientemente progresista o revolucionaria. Y si algo sabe hacer bien Fidel Castro es propaganda. Eso minimiza un poco la figura de Betancourt, pero, viéndolo ahora en perspectiva, prácticamente el único país en Suramérica que logra mantener la democracia durante la segunda mitad del siglo XX es Venezuela, junto con Colombia. Y, si vamos más arriba, exceptuando el caso de México, que es más complicado, está Costa Rica. De resto, todas fueron dictaduras. Con respecto a lo que dijo Thomas y la imagen de Betancourt, es muy curioso ver cómo grandes adversarios de Betancourt, a medida que pasa el tiempo, van reivindicando su imagen. Tenemos el caso de Alfredo Tarre Murzi, que fue un opositor muy enconado de Betancourt, y que después escribió una biografía en la que se trasiega una admiración al personaje. Y otro caso más actual es el de Manuel Caballero, que fue un opositor a fondo y en su biografía muy reciente también se aprecia una admiración hacia Betancourt. Y del lado clerical, está el caso del padre Arturo Sosa, que viene de la aristocracia venezolana que siempre adversó a Betancourt, y uno nota cómo a medida que lo ha estudiado le crece una admiración por este político que probablemente no tuvieron sus antepasados. Betancourt fue probablemente la figura más importante del siglo XX en Venezuela.